

la institución canónica desde que la Iglesia, tan fácil entonces respecto de su prerrogativa esencial, otorgó que al cabo de seis meses fuera instituido todo prelado por el papa, ó en su defecto, por el metropolitano de la diócesis. Lo más difícil de fijar era el establecimiento temporal del Padre Santo. No entrando la caída de Napoleón en los cálculos de Pío VII y no viendo de consiguiente ningún medio de obligarle á restituir los Estados romanos, era de considerar el establecimiento del papado en Aviñón con una dotación conveniente, como una especie de menor mal aceptable, que tenía en lo pasado un precedente, una excusa y un consuelo. Pero lo que le sublevaba y le parecía peor que el cautiverio mismo era el proyecto atribuido á Napoleón, y que efectivamente tuvo un instante, de establecer el papado en París bajo la mano de los emperadores franceses. Si tal cosa se llevara á remate, Pío VII no fuera á sus propios ojos más que el patriarca de Constantinopla y se rebajara la Iglesia de Occidente al nivel de la moderna Iglesia de Oriente.

Esta disposición de ánimo facilitaba un medio de negociación precioso, porque desistiendo del establecimiento en París y fijando el establecimiento en Aviñón, se podía sin duda atraer al papa á la solución de la cuestión reputada por la más espinosa. Aún quedaban los arreglos relativos á los bienes de la Iglesia romana, vendidos ó en venta, y las sedes llamadas suburbicarias, por estar en torno de Roma y rodeadas de majestad antigua. Mucho empeño tenía el papa en conservar estas sedes, y en poder nombrar obispos de Velletri, de Frascati, de Albano, de Palestrina, etc., porque, faltarle medios para galardonar servicios, le fuera imposible sostener su gobierno. A estos puntos se agregaban todavía otros, sobre los cuales, con la voluntad de acabar del todo y con el poder de Napoleón, era fácil llegar á un ajuste.

Cuando estaban próximos á entenderse decidió Napoleón ir á Fontainebleau en persona, para terminar con su presencia las vacilaciones ordinarias del papa y obtener de él un acto formal, que pudiera ofrecer al público como prenda de la paz religiosa y quizá como presagio de la paz europea.

De consiguiente, el 19 de enero, fingiendo una partida de caza á Grosbois, mudó de dirección de pronto y encaminóse á Fontainebleau, donde había enviado secretamente su servidumbre. A la sazón se hallaba el papa en conferencia con muchos obispos y cardenales. Ya conmovido por los grandes negocios de que se le hablaba de algunos días á aquella parte, sintióse aún más al saber la llegada repentina de Napoleón, á quien no había visto desde la coronación, á quien deseaba y tenía al par aprensión de encontrar; pues si se lisonjeara de ejercer alguna influencia sobre el autor del concordato, temía aún más sufrir la suya. Sin dejarle tiempo de que reflexionara, corrió Napoleón á verle y le estrechó en sus brazos, llamándole padre. Sus abrazos recibió el papa llamándole hijo, y sin entrar aquel día en el fondo de los negocios, estos dos príncipes tan singularmente asociados por el destino para agradarse y mortificarse toda su vida, aparecieron del todo felices al verse de nuevo. En sus semblantes resplandecía la esperanza de una reconciliación pronta y completa. Poseídos y admirados de espectáculo semejante parecían

los servidores del papa, más apesarados que de costumbre.

Al día siguiente Pío VII, rodeado de los cardenales y de los prelados á quienes se había dejado penetrar cerca de su persona para esta circunstancia, fué en gran ceremonia á pagar la visita á Napoleón en sus aposentos. De ellos trasladóse á los de la emperatriz, á la cual no conocía, por no ser ella á quien había consagrado, pues sobre aquel trono, donde todo se sucedía tan de prisa, ya estaba cambiada la soberana. A semejanza de todos, hallóla buena, dulce, feliz con su grandeza; mostróse respecto de ella lo que era siempre, digno, afectuoso, lleno de las gracias de la ancianidad; después de hacerle su visita, recibió la de ella, y en medio de todo este movimiento pareció hallar algo de vida, de satisfacción y de esperanza.

Sin embargo, sobre lo que iba á acontecer no se podía forjar ilusiones. Harto se le alcanzaba que Napoleón no se había puesto en camino para hacer en Fontainebleau una simple visita. Según su costumbre, este hombre tan activo, tan dominante, aspiraba á algún gran resultado, iba á arrancar al jefe de la Iglesia un consentimiento, y, lo que le era aún más costoso, á imponerle una resolución. ¡Y qué resolución!; Obligarle á renunciar al poder temporal, á abandonar á Roma por Aviñón, á aceptar una hospitalidad magnífica, una esclavitud dorada, á figurar por tanto como patriarca de Constantinopla en Occidente con algunas riquezas más y algunas otras apariencias soberanas. Y no obstante, de no asentir á esta condición el papa, ¿no iba á encontrar un Enrique VIII, que no por amor, pues no era este el flaco del emperador de los franceses, sino por ambición, descargara sobre la Iglesia golpes más terribles que el despojo de sus bienes materiales? Respecto de este punto hallábase Pío VII vencido en el fondo de su alma; pero antes de resolverse, antes de enlazar tal recuerdo histórico á su pontificado, antes de resignarse á ser el Agustino de la Roma cristiana, ó de arrostrar cuanto pudiera sobrevenir á la religión de una prolija lucha, necesitaba de un esfuerzo muy superior á su energía, que era grande cuando se trataba de oponer á la persecución una resistencia pasiva, y casi nula cuando convenía abrazar un partido pronto y arduo. Por lo demás, nunca, por mucho tiempo que se le otorgara, se resolviera por sí propio; de suerte que si Napoleón anhelaba un resultado, había hecho muy bien de ir en persona á reducirle, á deslumbrarle, á cogerle casi la mano para obligarle á estampar su firma.

Terminadas las visitas de aparato, comenzaron las entrevistas serias. Napoleón estaba determinado á desplegar todo el donaire y vigor de su talento, todo su poder fascinador en suma, para embelesar al papa y convencerle al propio tiempo de que no había cosa preferible á lo que le pedía. Ante todo, y sin que al parecer le diera grande importancia, cuando se le ofreció la coyuntura expuso cuanto se proponía consumir en la próxima campaña y mostróse muy seguro de abrumar á sus enemigos desde el comienzo de las hostilidades. Aun cuando no se hubieran dejado penetrar hasta Fontainebleau las funestas impresiones que sobre la situación de Napoleón habían cundido ya por Europa, sin embargo, sabía el papa que por primera vez no había vuelto triunfante de la guerra. Pero al verle tan confia-

do, tan seguro de pulverizar en breve la jactancia de los rusos y de los alemanes, no podía menos de experimentar la misma confianza; y á pesar de los cambios operados en su persona, pues en vez de ser Napoleón derecho y delgado, ya era algo cargado de espaldas y bastante abultado de vientre, creyó el papa ver de nuevo al joven y radiante emperador de 1804. Con efecto, bajo un extremado abultamiento de facciones, se le notaba el mismo fuego, la misma nobleza, la misma belleza de rostro.

Después de persuadir á Pío VII de que era más poderoso que nunca, de que contra su voluntad no prevalecía ninguna otra más que antes, quitóle Napoleón toda esperanza de recuperar á Roma, y le manifestó la resolución irrevocable de no abandonar jamás á una influencia extranjera la más mínima porción de Italia. De consiguiente, sólo entre Aviñón y París le quedaba que elegir al jefe de la Iglesia. Mejor le estaba optar por París, según Napoleón afirmaba. Allí estaría venerado, rodeado de toda especie de homenajes, y vería al emperador de los franceses dispuesto del todo á tenerle el estribo, como lo ejecutaban los emperadores germánicos en otro tiempo. Además lograría la certidumbre de que ya no se renovarían los altercados, pues apenas asomaran dificultades, un momento de explicaciones cordiales entre los dos soberanos atajaría en su origen cualquier conflicto. Pero al cabo, ya que esto no le agradaba, no había más que preferir á Aviñón, lugar ya consagrado por una larga residencia de los papas. Se iban á expedir las órdenes sin demora y muy luego se hallaría todo dispuesto para que allí encontrara la existencia más suntuosa. En Aviñón recibiría libremente á los embajadores de todas las potencias, quienes gozarían de los privilegios y de la independencia de la diplomacia, aun cuando perteneciesen á naciones que estuvieran con Francia en guerra, y los cuales se podrían dirigir á la nueva corte pontificia por el mar y el Ródano, casi sin tocar en el territorio del imperio. Se le señalarían dos millones de francos de renta, para indemnizarle de los bienes vendidos en los Estados romanos. Se le devolverían todos los bienes cuya venta no estaba aún consumada, hallándose la mayor parte en este caso, y serían administrados por sus agentes. Por complacerle se restablecerían las sedes suburbicarias, y nombraría sus obispos. Además tendría á su elección sobre diez diócesis el derecho de nombramiento en Francia ó en Italia, para tener así con qué recompensar á los servidores de su gobierno, sin contar el nombramiento de los cardenales, que no cesaría de corresponderle.

Los que aún vivían de los prelados de los Estados romanos, cuyas sedes fueron suprimidas, y que originaban uno de los más graves desvelos del papa, tendrían la calidad, el título y la situación de obispos *in partibus*, y durante su vida recibirían del Tesoro francés una asignación igual á las rentas de sus diócesis antiguas. Éstos formarían una nueva legión de dignatarios eclesiásticos que darían á la corte de Aviñón todavía más brillo. Al hermoso país de Vaucluse y cerca del papa se trasladarían los archivos romanos, las grandes administraciones de la penitenciaría, de la dataría, de la propaganda, etc., y se establecerían convenientemente en la nueva Roma pontificia que se iba á consagrar toda entera á su glorioso destino.

Nada, pues, tendría que echar de menos el papa, ni riquezas, ni brillo soberano, ni independencia, ni poder, pues arreglaría todas las materias religiosas á su agrado, según lo hacía antes en Roma y tan libremente. Nada más perdería que el poder temporal, vana ambición de los pontífices, grave peligro para la religión, que siempre ha padecido por efecto de las disidencias entre los soberanos temporales de Roma y los príncipes cristianos. Tratando de este asunto desplegó Napoleón toda su sutileza y toda su lógica apremiante para convencer á Pío VII. Aplicóse particularmente á persuadirle que el deslinde de las dos potestades, espiritual y temporal, y la abolición de la postrera, constituirían una revolución inevitable del tiempo, la cual en nada interesaba á la religión ni á su influencia ni á su perpetuidad. Efectivamente, ¡cuántas cosas de veinte años á aquella parte que no se habían visto nunca y que nunca se imaginarían siquiera, y que á pesar de todo había necesidad de admitir, puesto que estaban consumadas! Luis XVI y María Antonieta sobre el cadalso; Napoleón, un simple oficial de artilleros, en el palacio de las Tullerías, esposo de María Luisa, empuñando el cetro de Occidente; los emperadores alemanes reducidos al imperio de Austria; la casa de los Borbones excluida de todos los tronos; el descendiente de Federico el Grande reducido al estado de un elector de Brandeburgo; borradas las antiguas clases, exigentes los pueblos, casi mandando á sus soberanos, excepto á Napoleón, el solo que los contenía en el mundo; finalmente, la faz del universo cambiada: ¿no era todo esto bien extraordinario, y no hablaba todo un lenguaje tan claro como irresistible? ¿No figuraba evidentemente el poder temporal de los papas como una de las cosas destinadas á desaparecer al modo que tantas otras? ¿Y no había hasta que dar gracias al cielo de haber elegido por instrumento de estas revoluciones á un hombre como Napoleón, nacido en la religión católica, poseyendo todos sus recuerdos, amándola como su religión maternal, sabiendo cuánto precio tenía para los hombres y resuelto á defenderla y á hacer que floreciese? Con especialidad en este punto, mostróse Napoleón felizmente inspirado y produjo sobre el pontífice una impresión muy viva. «¡Suprimid, le decía, entre nosotros, esa vana dificultad de la soberanía temporal, suprimidla, y veréis lo que por la religión hacemos vos y yo, libres de estas molestias!» Y entonces le señalaba la Iglesia germánica destruida, privada de sus bienes, por la codicia habitual de los príncipes alemanes, y no esperando ni pudiendo alcanzar su restablecimiento más que de él solo; la Iglesia de Holanda, la Iglesia de las provincias anseáticas, pudiendo ser, no mantenidas, pues no existían ya hacía dos siglos, sino restauradas; por ejemplo, una sede católica próxima á ser establecida en Hamburgo; la Iglesia española, la Iglesia italiana, actualmente destruidas y necesitando de quien las salvase: por fin, todo este universo cristiano dependiente del emperador de los franceses, de su voluntad pujante, y cercano á renacer ó á extinguirse á una palabra que saliera de su boca. Pues bien, añadía, reconciliado con el papa, vuelto al reposo con la paz europea, que no podía tardar mucho, no teniendo ya que discutir con el pontífice acerca de vulgares intereses de territorio, dignos apenas de ocupar á príncipes de cuarto orden, pero de ningún modo al

jefe de la Iglesia universal y al jefe del imperio francés, se aplicaría á hacer á la religión mayores beneficios que la hizo Carlomagno. ¡Ante un porvenir de esta especie, cómo andar en debates y en vacilaciones! Elegido había la Providencia á un pontífice dulce, virtuoso, modesto, para restituir á la religión la fuerza, el desinterés de los apóstoles, y con su desinterés su influencia sobre las almas, y á él, hombre de guerra, acostumbrado á superar todas las dificultades del mundo, para operar esta revolución sin que la religión se debilitara de resultas, y por el contrario de modo que ganase en poder moral lo que en poder material perdiese.

Seducido y vencido el excelente papa, á quien se habían escrito ó dicho especies análogas á menudo, si bien nunca oyó expresarlas á nadie con el calor, la elocuencia y el aire de persuasión que Napoleón les daba, se decía que efectivamente habían cambiado mucho las cosas; que muchas cambiarían aún sin duda; que verosímilmente una de las destinadas á acabar del todo era el poder temporal de los papas, si bien, dando Napoleón su ayuda, no arrastraría consigo ninguno de los apoyos de la religión, ninguno de sus medios de influencia. Así era un sacrificio material por esencia el que había que hacer en obsequio de la religión misma, y por tanto figuraba como acto de desinterés y no de flaqueza, acto honroso y no infame, el de asentir á los ajustes propuestos. De este modo abogaba con Napoleón en el fondo de su alma, y luego, cuando necesitaba decidirse, caía en invencibles perplejidades.

Al cabo de tres ó cuatro días de estas entrevistas reiteradas, hizo Napoleón comprender al Sumo Pontífice que era forzoso resolverse, y como la redacción tocaba al papa no menos que lo substancial de las cosas, prometiéndole hallar una fórmula que no despertara sus escrúpulos en lo más leve ni cargara su memoria con ningún peso insoportable. Napoleón envió á buscar en seguida á uno de sus secretarios y puso manos á la obra. Lo que más costaba á Pío VII era reconocer la toma de posesión del patrimonio de San Pedro por una potestad cualquiera, y abandonarlo formalmente con la aceptación de un establecimiento fuera de Italia. Zanjada fué por Napoleón esta dificultad, conviniendo en que no se hablara ni del abandono de Roma ni del establecimiento en Aviñón, sino de la existencia independiente del Padre Santo y del libre ejercicio de su potestad pontificia en el seno del imperio francés, como si se hallara en sus propios Estados. Por tanto, adoptóse el texto siguiente: *Su Santidad ejercerá el pontificado en Francia y en el reino de Italia del mismo modo y con las mismas formas que sus predecesores*. Solamente se entendió que sería en Aviñón y no en otra parte. Añadióse en seguida en términos formales que el papa recibiría cerca de sí á los embajadores de las potencias cristianas, revestidos con la plenitud de los privilegios diplomáticos; que volvería á entrar en el disfrute y en la administración de los bienes no vendidos en los Estados romanos; que se le darían dos millones de francos de renta por compensación de los bienes ya enajenados; que haría los nombramientos para las sedes suburbicarias y para diez diócesis que se designarían más tarde, ya en Francia, ya en Italia; pero los antiguos obispos titulares de los Estados romanos conservarían su título bajo la forma de obispo *in partibus*, y gozarían una

asignación igual á la renta de sus sedes, que el papa tendría en torno suyo todas las administraciones de la cancillería romana; que el papa y el emperador se pondrían de acuerdo para la creación de nuevas sedes católicas, ya en Holanda, ya en los departamentos anseáticos, cláusula en que el papa tenía particular empeño para que resaltase lo que ganaba la religión en este último concordato; y finalmente, que el emperador restituiría á su gracia á los cardenales, prelados, eclesiásticos y legos, comprometidos á consecuencia de los últimos disturbios religiosos. Estipulóse que la institución canónica se daría á los obispos nombrados por la corona en las formas y los plazos determinados por el último breve del papa, esto es, dentro de seis meses á contar desde el nombramiento por la autoridad temporal, y que si la corte pontificia no fallaba al cabo de este plazo, pudiera conferir la institución negada ó diferida el prelado más antiguo de la provincia. A estas cláusulas quiso el papa con insistencia que se añadiera otra, la cual nada tenía de disposición de ley ó de tratado, si bien era á sus ojos una excusa, como que se hallaba concebida en los términos siguientes: *Se presta el papa á las disposiciones susodichas en consideración al estado actual de la Iglesia y en la confianza que le ha inspirado S. M. de que otorgará su protección poderosa á las numerosísimas necesidades que la religión tiene en los tiempos en que vivimos*.

Aun teniendo la fuerza obligatoria de un tratado, se convino por último en que el concordato actual no se publicara hasta que fuera comunicado á los cardenales, quienes tenían derecho de conocerlo como consejeros naturales y necesarios de la Iglesia.

Napoleón hizo cuanto fué del gusto del Padre Santo, admitió sin reserva los cambios de redacción que propuso, ejecutándolos al instante sobre la minuta del tratado el secretario que llevaba la pluma; luego, cuando ya estuvo convenido todo, así el texto francés como el texto italiano, se enviaron uno y otro á los escribientes encargados de sacar las copias, y estando reunidas las dos cortes pontificia é imperial la misma noche del 25 de enero, el papa y el emperador firmaron este acto extraordinario, que aniquilaba el poder temporal del papado, para siempre en concepto de Napoleón y del papa, para muy corto tiempo según los recónditos designios de la Providencia. Prodigando Napoleón testimonios de veneración á Pío VII, haciendo que se le colmara de todo linaje de felicitaciones, no le dejó un instante para reflexionar sobre lo que había ejecutado y le embriagó hasta cierto punto, colocándole en medio de una nube de incienso. Para probarle su alegría, y la vuelta de su buena voluntad completa, sin demora expidió órdenes para que fueran puestos en libertad y llevados á París los cardenales encarcelados y conocidos con los nombres de *cardenales negros*. No tuvo tasa en las mercedes y en los favores: llamó al Consejo de Estado al obispo de Nantes, á quien dió además la cruz de oficial de la Legión de Honor y el gran cordón de la orden de la Reunión; nombró consejero de Estado y oficial de la Legión de Honor al obispo de Tréveris; dió el gran cordón de la Reunión al cardenal Maury y al arzobispo de Tours, la cruz de la Legión de Honor á los cardenales Doria y Ruffo, la condecoración de la Corona de Hierro al arzobispo de Edesa, las sillas de senadores al cardenal de Bayane y al obispo de Evreux,

una pensión de seis mil francos al médico del papa, y regalos magníficos á cuantos contribuyeron al acto importante recién consumado.

Después de pasar aún dos días más en Fontainebleau, durante los cuales esforzóse por acreditar su viva satisfacción al papa, tomó la vuelta de París el 27 de enero, con el convencimiento de haber dado cima á un acto que tal vez no sería definitivo, si bien por de pronto produciría gran efecto sin duda. Apresuróse á publicar en los periódicos oficiales que, por un concordato, se acababan de ajustar las diferencias suscitadas entre el imperio y la Iglesia, é hizo proparar de viva voz, aunque no imprimir, que el papa se iba á establecer en Aviñón. Escribió á Holanda, á Turín, á Milán, á Florencia, á Roma, á todos los representantes de su autoridad, para anunciarles tan trascendental ajuste, para imponerles en sus pormenores y autorizándoles á divulgar su sentido, no su texto, y á hacer cuanto fuera necesario para restituir la calma á las conciencias perturbadas.

Esta calma no debía ser duradera, pues era fácil de prever que, tan luego como los consejeros naturales del papa volviesen á su lado, tratarían de poner su espíritu en tortura, reconviéndole por el acta á cuyo pie había estampado su firma, poniéndole de manifiesto lo grave de las consecuencias y la inoportunidad sobre todo, en visperas de una guerra que para Napoleón podía no ser ventajosa. Efectivamente, apenas fueron admitidos en Fontainebleau los cardenales negros, vióse tornar otra vez triste y sombrío el espíritu del papa, tan alegre y satisfecho durante algunos días.

Los cardenales Di Pietro y otros le demostraron que había abolido imprudentísimamente el poder temporal del papado y operado de consiguiente por autoridad propia una inmensa revolución en la Iglesia, y abandonado el patrimonio de San Pedro, que no le pertenecía, todo sin necesidad alguna, hallándose Napoleón en visperas de ruina; que se le había engañado tocante á la situación de Europa, y que no le debía ligar acto semejante, obtenido por sorpresa, ya que no arrancado. En suma, trataron de inspirarle mil terrores, mil remordimientos, y le trazaron un cuadro del estado de las cosas como sólo podía sugerirle la pasión más violenta, cuadro que desgraciadamente, por culpa de Napoleón, debía resultar verdadero muy pronto, pero que á la sazón todo hombre cuerdo juzgara falso ó exageradísimo al menos, pues á pesar de hallarse quebrantado el imperio francés en la opinión del mundo, todavía llenaba de hondo terror á sus enemigos.

Estos consejos sumieron al infortunado Pío VII en aquel estado de agitación y de desesperación en que tantas veces le hemos visto, y en que perdía la atractiva dignidad de su carácter. ¿Pero cómo salir del apuro? ¿Cómo negar ó revocar una firma todavía fresca? ¿Quién osara aconsejárselo? Nadie, ni aun los cardenales que, gracias al último concordato, acababan de recuperar su libertad, su admisión al lado del papa, y la facultad de trastornarle el espíritu y el corazón. Temido hubieran ver cerrarse nuevamente detrás de ellos las puertas de las prisiones de Estado. Se convino, pues, entre ellos y el Sumo Pontífice que se disimularía y no se aparentaría ningún cambio de disposiciones, aguardando los sucesos que no podían menos de estar cercanos. Efectivamente, antes de uno ó dos años no estaría Aviñón dispuesto

para corte pontificia: hasta entonces no se podía exigir del papa ningún acto oficial derivado de sus nuevos compromisos, además no debía publicarse el concordato: no había más que guardar silencio, resignarse algún tiempo más á la vida reclusa que se pasaba en Fontainebleau, rehusar dulcemente bajo diversos pretextos la pompa con que Napoleón aspirara á rodear al papado hecho francés, y encerrarse, como se había hecho siempre, tocante á las bulas de institución canónica reclamadas de tanto tiempo hacía por los nuevos prelados, en una simple abstención sin negativa.

Adoptado el plan éste, se necesitara más imperio sobre sí propio del que poseía el Padre Santo para ocultar completamente lo que pasaba en su alma. Muy luego echó de ver su turbación el hábil capitán Lagorsse, que bajo la investidura de chambelán le custodiaba, y adivinó la causa de ella al notar que las agitaciones del infortunado pontífice coincidían siempre con las visitas de los cardenales más marcados por su malevolencia. Lo puso en noticia de Napoleón por conducto del ministro de Cultos, causándole no poca sorpresa con la relación de lo que acontecía, y haciéndole exclamar á la vista del uso que hacían de su libertad aquellos á quienes acababa de devolverla: «Creo que hemos obrado harto de prisa.» Pronto tuvo un indicio bastante cierto, aunque muy disimulado, de las secretas resoluciones de Pío VII. Detenido el agosto cautivo desde 1809, ya en Savona, ya en Fontainebleau, jamás se tuvo que ocupar en las rentas de su casa, pues se satisfacían todos sus gastos sin que se mezclara en ello. No obstante, como podía ocurrirle hacer algunas limosnas ó liberalidades, se aprovecharon diversas ocasiones de ofrecerle dinero, que rehusó de continuo, aun brindándosele de la manera más delicada. Ahora, vuelto á la soberanía, teniendo que recompensar muchos servicios, y teniendo además derecho á hacerlo con rentas que le estaban regularmente asignadas, podía aceptar sin desdoro. Napoleón envióle agentes del tesoro imperial para poner á su disposición las sumas que necesitara. Con dulzura y sin afectación rehusó estas últimas ofertas, como si aún no hubiera llegado la hora de entrar ostensiblemente en el ejercicio de su nueva soberanía.

No se necesitaba más para adivinar las resoluciones y los cálculos de los hombres que dirigían al papa. Pero Napoleón era tan astuto como el que más de ellos. Notaba que no querían meter ruido, y él no lo quería tampoco. Lo que le importaba no era que los asuntos de la Iglesia estuviesen ajustados, sino que lo pareciesen, y por algún tiempo lo parecería cuando menos á los ojos de las masas.

En todas partes, hasta en las provincias más remotas del imperio, publicóse que entre el papa y el emperador se había firmado un concordato; que el papa estaba libre y se iba á dirigir á la sede desde donde ejercería la potestad pontificia; que en suma estaban terminadas todas las dificultades religiosas. Algunos individuos más al cabo de la intriga romana, procuraron responder que esto era mentira y que el papa no había consentido en cosa alguna. Hasta hubo quienes se atrevieron á divulgar que Napoleón había querido violentar á Pío VII sin conseguir nada, lo cual ha suministrado posteriormente á ciertos escritores la ocasión de avanzar que Napoleón había arrastrado por el suelo al anciano ve-

nerable, tirándole de sus cabellos blancos (escena apenas creíble en la Edad Media). Pero la muchedumbre piadosa é inocente, ignóbrando estos supuestos arcanos, corrió al pie de los altares á dar á Dios acciones de gracias por el nuevo concordato, y se puso á esperar, como Napoleón lo deseaba, que esta paz del cielo le valiese quizá la de la tierra.

Dos meses hacía que Napoleón se hallaba en París de vuelta, y ya se ve cuán vigorosamente había puesto la mano en todo, diplomacia, guerra, hacienda, culto. Llegado era el momento de abrir el cuerpo legislativo, formalidad ya tan insignificante bajo su reinado que nunca se sabía el día fijo en que empezaba sus trabajos ni el día en que los daba remate. Por el contrario, ahora se dedicaba un vivo interés á la sesión de apertura, y era un síntoma sorprendente del cambio operado en los ánimos. Sin pensar todavía la nación en volverse á apoderar de los negocios, imprudentemente abandonados á un genio prodigioso, bien que sin freno alguno, quería al menos conocerlos y deseaba leer el discurso que el emperador pronunciara, si, como se daba por supuesto, abría el cuerpo legislativo en persona.

Así intentaba Napoleón hacerlo efectivamente, para hablar por sí mismo á Francia y á Europa desde lo alto de su trono, quebrantado sin duda, pero todavía el más elevado del universo. Contando todos los días sus recursos, viendo nuevamente afluir los medios bajo su mano poderosa, combinando sus vastos planes militares, había recobrado una entera confianza en sí propio, y quería que, por la altivez de su lenguaje, conociera el mundo el estado de su alma y la índole de sus resoluciones.

De consiguiente, el domingo 14 de febrero dirigióse al cuerpo legislativo, para hacerle el honor, que no le concedía á menudo, de abrir su legislatura en persona y darle una noticia del estado de los asuntos del imperio. Rodeado de una comitiva magnífica leyó el siguiente discurso, cuya imprudencia igualaba por desgracia á su brillantez y energía:

«Señores diputados de los departamentos en el cuerpo legislativo.

»La guerra encendida en el Norte de Europa ofrecía una ocasión favorable á los proyectos de los ingleses en la Península. Han hecho grandes esfuerzos. Todas sus esperanzas han salido fallidas... Su ejército ha fracasado delante de la ciudadela de Burgos, y después de experimentar pérdidas enormes, ha debido evacuar el territorio de todas las Españas.

»Personalmente he penetrado en Rusia. De continuo han quedado victoriosos los ejércitos franceses en los campos de Ostrowno, de Polostk, de Mohilew, de Es-molensko, del Moskowa, de Malo-Jaroslawetz. Delante de nuestras águilas no se han podido mantener firmes en ninguna parte los ejércitos rusos. Moscou ha caído en nuestras manos.

»Forzadas las barreras de Rusia y reconocida la impotencia de sus tropas, un enjambre de tártaros ha vuelto sus manos parricidas contra las más hermosas provincias de este vasto imperio, á cuya defensa estaban llamados. En pocas semanas, á pesar de las lágrimas y de la desesperación de los infelices moscovitas, han incendiado más de cuatro mil aldeas suyas de las mejores, más de cincuenta ciudades excelentes, saciando así su antiguo odio, bajo pretexto de retardar nues-

tra marcha rodeándonos de un desierto. De todos estos obstáculos hemos triunfado.

»Ni aun el mismo incendio de Moscou, donde en cuatro días han aniquilado el fruto de los trabajos y de los ahorros de cuarenta generaciones, había alterado en nada el estado próspero de mis negocios... Pero el rigor excesivo y prematuro del invierno ha hecho pesar sobre mi ejército una calamidad horrorosa. En pocas noches lo he visto cambiar todo. He experimentado pérdidas grandes. Destrozado hubieran mi alma, si en circunstancias tan graves debiera ser accesible á otros sentimientos que al interés, á la gloria y al porvenir de mis pueblos.

»A la vista de los males que han pesado sobre nosotros ha sido grande el júbilo de Inglaterra, y no han hallado límites sus esperanzas. Para recompensar la traición ofrecía nuestras más bellas provincias. Por condición de la paz establecía el destrozo de este hermoso imperio; lo cual equivalía en otros términos á proclamar *la guerra perpetua*.

»La energía de mis pueblos en estas solemnes circunstancias, su adhesión á la integridad del imperio, su acreditado amor á mi persona, han disipado todas estas quimeras, y traído á nuestros enemigos á un sentimiento más justo de las cosas.

»Las desgracias producidas por el rigor de las escarchas han hecho resaltar en toda su extensión la grandeza y la solidez de este imperio, fundado sobre los esfuerzos y el amor de cincuenta millones de ciudadanos, y sobre los recursos territoriales de las más hermosas comarcas del mundo.

»Con viva satisfacción hemos visto á nuestros pueblos del reino de Italia, á los de la antigua Holanda, y á los de los departamentos reunidos, competir con los antiguos franceses, y conocer que para ellos no hay esperanza, ni porvenir, ni bien alguno, sino en la consolidación y el triunfo del grande imperio.

»En todos los países vecinos propagan los ingleses el espíritu de rebelión contra los soberanos. Inglaterra desearía ver presa á todo el continente de la guerra civil y de los furores de la anarquía; pero la Providencia la ha designado para primera víctima de la anarquía y de la guerra civil.

»Directamente he firmado con el papa un concordato, que por fortuna pone término á todas las diferencias que se habían suscitado en la Iglesia. La dinastía francesa reina y reinará en España. Estoy satisfecho de la conducta de todos mis aliados. No abandonaré á ninguno; mantendré la integridad de sus Estados. Los rusos volverán á entrar en su espantoso clima.

»Deseo la paz: es necesaria al mundo. Después de la ruptura seguida al tratado de Amiéns, la he propuesto cuatro veces mediante solemnísimos pasos. Nunca haré más que una paz honrosa y conforme á los intereses y á la grandeza de mi imperio. Mi política no es misteriosa: he dado á conocer los sacrificios cuya realización me es posible.

»Mientras la guerra marítima dure, mis pueblos deben estar dispuestos á toda clase de sacrificios; porque una mala paz nos lo haría perder todo, hasta la esperanza, y todo lo comprometería, hasta la prosperidad de nuestros nietos.

»Para hacer respetar la soberanía de su pabellón ha

recurrido América á las armas. La acompañan los votos del mundo en tan gloriosa lucha. Si la termina obligando á los enemigos del continente á reconocer el principio de que el pabellón cubre la mercancía y la tripulación, y de que los neutrales no deben estar sujetos al bloqueo sobre el papel, todo con arreglo á las estipulaciones del tratado de Utrecht, América merecerá bien de todos los pueblos.

»Mi ministro de lo Interior os hará conocer en la exposición de la situación del imperio el estado próspero de la agricultura, de la industria y de nuestro comercio interior, así como el aumento siempre constante de nuestra población. En ningún siglo han rayado en más alto grado de prosperidad la agricultura y la industria de Francia.

»Necesito de grandes recursos para hacer frente á todos los gastos que exigen las circunstancias; pero mediante diversas medidas que os propondrá mi ministro de Hacienda, no tendré que imponer ninguna nueva carga á mis pueblos.»

Este discurso, de índole propia á conmovir los ánimos hasta lo sumo, fué recibido con las aclamaciones que acogen casi siempre al príncipe vulgar ó grande, sólidamente establecido ó amenazado, que se presenta á los ojos de la muchedumbre. Si fuera lícito olvidar un instante que la prudencia constituye la primera cualidad en el gobierno de los Estados, se admiraría de buen grado esta indomable altivez á la cabeza de un vasto imperio, estas condiciones de paz tan atrevida como imprudentemente trazadas al mundo. Sin embargo, al pensar en la situación de Europa, al resonar de un extremo á otro del continente los gritos del patriotismo rebelado, se deplora que tan bello lenguaje introdujese tantas dificultades en las negociaciones, únicas que podían conducir á la paz y atajar el derramamiento de sangre humana. ¿Qué iba á decir con efecto la Inglaterra de la declaración de que *la dinastía francesa reinaba y reinaría en España?* ¿Qué iban á decir los grandes Estados interesados en la distribución del gran ducado de Varsovia de la declaración de que *Francia mantendría la integridad del territorio de todos sus aliados?* ¿Qué iba á decir, y sobre todo, qué iba á hacer el Austria, encargada de avenir á las potencias, si se le imposibilitaba llevarlo á cabo?

Tales eran las preguntas desconsoladoras que suscitaba este discurso; pero no se las podía dirigir al público, ignorante de los secretos de los gabinetes. Adecuada era la firmeza del lenguaje imperial para tranquilizarle, al menos hasta cierto punto, y para imponer á la Europa. Esto había de político en tan impolítico discurso. Por lo demás, los mismos sucesos harán juzgar de sus resultados.

Diffícilmente se formaría idea del cambio que en el transcurso de algunos días se operó en Alemania, ya tan alterada. Por no ser dueño de sus determinaciones había acabado el rey de Prusia, después de retirarse á Breslau, para ser más independiente de los franceses y de sus súbditos al propio tiempo. Siempre convencido de que el único medio de salir sano y salvo del caos de los sucesos actuales consistía en tener muchos soldados sobre las armas, no aguardó las respuestas á las cuestiones planteadas en París para ordenar nuevos alistamientos. Varios edictos publicó, y dos especialmente,

uno para comprometer á los jóvenes de familias ilustres en calidad de voluntarios en los cazadores de á caballo, otro para comprometer á los jóvenes de todas clases á servir de cazadores de á pie en los regimientos de infantería. Con efecto, la opinión pública se sublevó de que se hiciera distinción que abriera las filas del ejército á unos y las cerrara á otros, solicitando todas las clases contribuir á lo que llamaban la emancipación de Alemania. De un vértigo general se sintieron acometidas las cabezas ya en fermentación antes, al ser público este doble alistamiento. De todas partes acudieron á Mr. de Goltz, único ministro prusiano que se había quedado en Berlín, y preguntáronle violentamente, como en los días de revolución se hace, en favor y en contra de quién pedía el monarca la ayuda de sus súbditos, añadiendo que en un caso estaban prontos á levantarse todos como un solo hombre, y ninguna dificultad ofrecía adivinar que este caso era aquel en que el rey quisiera emplear su adhesión contra el opresor de Alemania, contra Napoleón. Mr. de Goltz, que conocía la situación perfectamente, y no ignoraba cómo debía hablar y conducirse, les respondió exhortándolos á confiar en la prudencia y el patriotismo del rey, á poner á su cuidado los intereses de la patria, y darle sus brazos dejándole en libertad de disponer de ellos según le pareciese más provechoso. Mientras Mr. de Goltz guardaba esta reserva, sus ojos y su semblante expresaban lo que no se atrevía á decir su boca, y le abandonaron los de la muchedumbre para alistarse. Además, dondequiera habían divulgado los agitadores de las sociedades secretas que era necesario armarse; que el rey indecidió entonces, no lo estaría largo tiempo; que más tarde ó más temprano le arrastraría la corriente, y cuanto más fuerte se sintiera y rodeado de sus súbditos armados, más se decidiría á seguir las inclinaciones de su corazón que le empujaba á consagrarse á la emancipación de Alemania. Bajo estos vigorosos impulsos se alistó la joven nobleza en los cazadores de á caballo, y apresuróse á sentar plaza en los cazadores de á pie la juventud del estado llano, de las escuelas y del comercio.

Al cabo de poco se hallaron vacías las universidades y las tiendas, y hubo necesidad de suspender los cursos públicos. Por sí misma se equipaba la nobleza: donativos voluntarios convertidos en obligatorios por las tarifas enviadas á los principales comerciantes servían para equipar á los jóvenes faltos de recursos. Armas les suministraban los arsenales del Estado. Para completar la semejanza con los primeros días de nuestra revolución, todos los hombres se pusieron una escarapela, que era negra y blanca. Ninguno osara á descuidarse de poner este símbolo de unión en su sombrero, pues se le tuviera por ciudadano tibio ó enemigo de su patria.

Sabiendo el rey de Prusia este entusiasmo de sus súbditos en Breslau, y presenciándolo además en la Silesia, sentíase á la par alegre y alarmado, alegre con la idea de hallarse pronto á la cabeza de una fuerza considerable, alarmado de estar prensado entre los suyos y los franceses, constreñido á declararse por los unos ó por los otros, sin saber de qué lado se encontrarían la restauración y la independencia de Prusia. En esto llegaron las respuestas de París y halláronle pésimamente dispuesto á oírlas con paciencia. Este príncipe excelente, á semejanza de todos los caracteres inertes y conte-